

WERNER J. CAHNMAN, New York, U.S.A.

LAS REGIONES MEDITERRANEA Y DEL CARIBE

ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE CONTACTOS
RACIALES Y CULTURALES

Nuestro interés en el estudio comparativo de los contactos raciales y culturales en las regiones Mediterránea y del Caribe es predominantemente un interés en la comparación de las relaciones raciales en las subregiones anglosajona y latina de la región Caribe. La comparación es factible tan pronto como definimos lo que entendemos por regiones Mediterránea y del Caribe, o en otras palabras, mediterráneos europeo y americano. En ambos casos un verdadero mar mediterráneo, esto es, un mar centralmente localizado, uno más que separa las tierras costaneras que lo circundan. Así vemos cómo Sicilia está más próxima a Tunisia que a Savoya, tal y como recientes acontecimientos nos lo han vuelto a enseñar; y Marruecos, al través del delgado estrecho de Gibraltar, se mira en España, mientras que del Sudán se halla aislado por el desértico cinturón del Sahara. De la misma manera Luisiana está más cerca de Cuba que de Massachusetts; y Colombia en más íntimo contacto con Puerto Rico que con las repúblicas del Plata, de las cuales está separada por las selvas Amazónicas. La civilización mediterránea, puede decirse, llega hasta donde el olivo crece y sus más lejanas fronteras se encuentran señaladas por la extensión más septentrional y austral del cultivo vinícola. Nótese que esta extensión coincide con el área de penetración del antiguo imperio Romano. La región del Caribe, a su turno,

aunque conocida como “la taza de azúcar del mundo” y “el pote de café”, con sus probable igualmente importantes campos de algodón, cosechas de tabaco y plantaciones de banana, es mejor definida por el factor humano prevalente conectado con ella. Sociológicamente hablando puede decirse que la región del Caribe alcanza hasta donde se halla el último establecimiento rural, densamente poblado, de antiguos esclavos africanos; y el establecimiento de africanos, también, coincide con el área de tierras bajas de la economía basada en la plantación. El negro se ha convertido en el fenómeno clave de la región del Caribe, de la misma manera que el olivo ha sido siempre el fenómeno directriz de la región Mediterránea (1).

La anterior definición coloca al altiplano de México, sociológica, tanto como geográfica e históricamente, más cerca del altiplano del Perú que de las tierras bajas de Costa Rica. México pertenece a la región del Pacífico de América, tanto que aun las Filipinas estuvieron algún tiempo sujetas al Virreinato de Nueva España. Lo mismo puede decirse de las tierras altas de Guatemala, Honduras y Costa Rica. Ni los indios, ni los mestizos, ni los españoles se aventuraron, en número apreciable, dentro de las regiones húmedas de las tierras bajas de la costa atlántica en la América Central, debido a ello estas regiones fueron finalmente ocupadas por una mezcla de indios y negros cimarrones en la Costa de los Mosquitos y por negros jamaíquinos, trabajadores en las plantaciones de la United Fruit Company (2).

Por otra parte, la definición que hemos presentado incluye también las regiones del sur de los Estados Unidos, hasta donde llegan las tierras bajas con economía basada en la plantación, junto con las posesiones británicas, holandesas y francesas de las Indias Occidentales. (3). De la misma manera que en el Mediterráneo la Cruz y el Creciente se miran cara a cara, en el Caribe lo hacen las civilizaciones Latina y Anglosajona (4). Más aún, la definición que hemos ofrecido parece indicar que el problema de las relaciones raciales en la región del Caribe es intrínsecamente un problema de colonialismo, provocado por las necesidades de la explotación económica, en pocas palabras de naturaleza económica más que biológica. Bajo este aspecto la aparente diferencia en lo que atañe a las relaciones raciales entre Bahía y Alabama se acorta considerablemente. La posición social efectiva de un trabajador de piel oscura en Bahía, aunque separado de sus compatriotas blanco y mulato “sólo” por barreras de clases, no es básicamente diferente de la posición social del pizcador de algodón de piel oscura en Alabama, quien es discriminado junto con el negro de

piel clara de la ciudad y con él separado de la gente blanca, en términos de raza (5).

Sin embargo, el hecho cierto de que, dentro del común patrón interamericano de una sociedad dividida en clases, el negro participa en su constitución en los países Latino Americanos, mientras que es aun un segmento segregado del cuerpo de la población total en los países dominados por la civilización anglosajona, muestra que las consideraciones económicas solas no son capaces de explicar las complejidades de la diferenciación cultural. Es la tesis de este ensayo que sólo un estudio comparativo de los contactos raciales y culturales en los mediterráneos de Europa y América, suministra la clave de nuestro problema y que España es el eslabón que une no sólo al Oriente con el Occidente, sino también al Viejo Mundo con el Mundo Colonial.

II

Para entender a España debemos entender al Mediterráneo. En otro ensayo (6) he tratado de explicar que Oriente y Occidente, en la historia del Mediterráneo y de Europa, corresponden a tribalismo y territorialismo respectivamente; que el "jus sanguinis" y el patrón donde familia, religión y nacionalidad están inextricablemente enlazados son peculiares del Oriente, como lo han ya indicado Robertson Smith en su "Religion of the Semites" y Emilio Durkheim en su "Elementary Forms of the Religious Life", aunque el último, en ocasiones, se escapa extrañamente hacia las antípodas; que el "jus soli", junto con leyes unificadas en un vasto imperio, donde la ciudadanía romana fue concedida finalmente a provincias no Romanas, y en último término la emergencia de naciones estados concebidos territorialmente, circunscribe las contribuciones del Occidente. El antagonismo en Oriente es un antagonismo entre creyentes e infieles; mientras que el antagonismo en Occidente es el antagonismo entre el mundo civilizado y el de los "bárbaros".

España combina los aspectos de ambos, Oriente y Occidente (7). Se ha hecho notar a menudo que la conciencia nacional española, en sus orígenes, es apasionadamente religiosa; pero la idea de la unidad de la fe, característica de la iglesia universal de Roma, cubrió impositivamente el territorio total de España y previno las relaciones simbióticas de varias nacionalidades religiosas —relaciones simbióticas que son el sello característico de las relaciones raciales y culturales en la civilización islámica y que encuentran su forma clásica de expresión

en el sistema turco del 'Millet', que en España nunca llegaron a constituir un patrón. Judíos y Moros no fueron tolerados en la España cristiana si se establecían como comunidades aisladas de infieles; pero en el Islam cuando sometidos fueron tolerados y utilizados bajo la concesión de un gobierno autónomo. Mas aún, numerosos conversos escalaron los más altos rangos en la sociedad islámica, de manera que se ha dicho con razón que "una de las razones principales del por qué los turcos fueron tan peligrosos para la Europa residía en el hecho de que empleaban europeos contra Europa" (8). En España sin embargo, las sospechas religiosas contra moros y judíos permanecieron vivas, aun después de que éstos se habían convertido y endureció en un antagonismo social de persistencia peculiar (9).

El principio de "limpieza de sangre" o pureza de sangre, tenía todos los aspectos que nosotros asociamos a la "línea de color", solamente que la "mala sangre" no se refería tanto a las características biológicas como a la obstinacia heredada de ancestros heréticos. Ello requirió que individuo alguno fuera admitido en muchos de los colegios y universidades, en los beneficios de las numerosas catedrales, en las más de las religiones y en todas las órdenes militares si tenían sangre de moros o judíos o si aun cuando españoles de pura extracción habían sido públicamente castigados por la Inquisición. La sangre negra, por otra parte, no parecía estar igualmente contaminada por la obstinacia de convicciones religiosas previas; en efecto, numerosos esclavos negros fueron fácilmente absorbidos dentro de la totalidad de la población bajo la clasificación de "Ladinos" tan pronto como habían cesado de ser "bárbaros" y adquirían el idioma castellano junto con los hábitos de la civilización española (10). La final expulsión de los casi enteramente cristianizados moros tuvo lugar en 1609, después de que habían surgido numerosos conflictos, y más de un siglo después de la caída de Granada y del descubrimiento de América. La más amarga fase de la lucha contra los Moros, no precedió, sino que coincidió con la primera centuria de la colonización española de ultramar, lo cual significa que los rasgos allá adquiridos deben necesariamente haber tenido un lejano alcance en su impacto en América.

La conexión entre los dos mundos no ha sido apreciada suficientemente. La mayoría de los primeros inmigrantes fueron gentes de Andalucía donde la influencia de la civilización morisca había sido mayor (11). Muchos de ellos fueron soldados que habían quedado sin ocupación al cesar la guerra, o mejor dicho, las guerras contra el Moro (12). Cuando Quesada, el Conquistador de Colombia, se intro-

dujo por las planicies de Cundinamarca iba recordando, se cuenta, en los perfiles de las montañas que rodean la gran llanura, los vértices de la Sierra Nevada, bajo los cuales había pasado los años de su niñez. El nombre de Nueva Granada, con el cual la región fue bautizada por los españoles, encierra sin embargo, más que una mera reminiscencia geográfica. “Los Conquistadores —dice Merriman en su *History of the Spanish Empire*— perdieron pocas oportunidades de recordar que el progreso del vasto imperio que habían ganado en el Nuevo Mundo no era, en alguno de sus aspectos, sino una prolongación de las cruzadas” (13). Mas aún, los métodos administrativos aplicados en el territorio conquistado fueron modelados de acuerdo con precedentes españoles y portugueses. Souza, colonizador del Brasil, al establecer las llamadas “capitaneos” como feudos de la corona portuguesa, utilizó experiencias que habían sido ganadas años atrás al reconquistar, en la lucha contra los Moros, el territorio metropolitano (14). Aún más sorprendente es el caso de don Antonio de Mendoza, el primer virrey de Nueva España (15). Mendoza era hijo del primer marqués de Mondejar, que había prestado brillantes servicios en la guerra de Granada y posteriormente en la administración del reino conquistado; toda la familia había gozado de amplia experiencia en los problemas fronterizos; uno de sus hermanos, por ejemplo, había sido presidente del Consejo de Indias y de Castilla y otro, capitán de galeras en el Mediterráneo, había luchado contra los corsarios turcos. Investigaciones más minuciosas de los antecedentes de los administradores españoles en América muy bien pueden descubrir preciosos hechos. Transcribimos finalmente la relación de un acontecimiento posterior que ilumina como un haz de luz en la oscuridad el panorama mental de Latino América. Un trotamundos inglés, el coronel J. P. Hamilton, viajando al través de Colombia en 1827, describe una comedia ejecutada por monjas de la Encarnación, con motivo de la reelección de la madre abadesa. Hé aquí lo que cuenta (16):

Los sirvientes y esclavos estaban todos abigarradamente vestidos. Iban a representar una pieza teatral, en el atrio del convento, que simulaba una batalla entre españoles y moros. A las dos de la tarde comenzó la función con los sirvientes colocados en el atrio en dos filas, cada una de las cuales tenía al frente su general; el ejército morisco era mandado por la mulata que tocaba tan bien el órgano. Después de un cierto número de discursos y encendidos reproches entre ambos ejércitos contendientes, tuvo efecto una lucha desesperada, con espadas de madera; por supuesto, los cristianos obtuvieron una completa victoria sobre los infieles.

Cuatrocientos años después de la conquista de Quesada, vemos establecido en este episodio, el padrón según el cual Nueva Granada fue fundada (17). Es el patrón de la unidad de la fe sobrepuesto sobre los patrones de la desunión, asimismo prevalentes en la sociedad colonial. La iglesia, aunque continuamente soportada por la corona, no pudo evitar el desbordamiento de la avaricia por el oro, de la explotación inconsiderada y de la arrogancia sin sentido, pero pudo en cierta forma mantenerlas controladas (18). Acorde con la tradición mediterránea las distinciones culturales permanecieron más importantes que las diferenciaciones raciales. No fue esta situación completamente ajena a la naturaleza de la situación a la mano.

Los inmigrantes españoles y portugueses, débiles en número y casi exclusivamente masculinos en carácter, tomaron voluntariamente esposas y concubinas nativas, y los productos numerosos de sangre mezclada fueron, no sólo bien recibidos como una adición al ejército de ocupación, como en efecto lo fueron, sino que sirvieron también como fuerza corrosiva dentro de las sociedades nativa servil y esclava importada, privándolas de capitanes que, de haber sido arrojados entre ellas, hubieran sido seguramente más ambiciosos y sin gobierno que lo que lo fueron en efecto bajo el amparo español (19). Consideraciones de política eclesiástica tanto como "raison d'état" fluyeron juntas dentro de una poderosa corriente que ganó más tarde soporte en el odio a los extranjeros, ya porque éstos fueran rapaces bucaneros ingleses u holandeses, ya porque fueran diabólicos cerebros de mercader, protestantes y heréticos (20). En nuestros días la misma corriente conduce a actitudes que van dirigidas contra el "Imperialismo Americano" y la "Diplomacia del Dólar". Los trabajadores negros que holgaron contra la United Fruit Company en Santa Marta, distrito de Colombia, en 1928 gozaron de las simpatías de los hacendados y de los comerciantes de la región, sin distinción de color, y de los periódicos locales en adición (21). Una huelga contra el capitalista blanco, extranjero y protestante, como es invariablemente el caso en Latino América, pierde necesariamente su tinte de lucha racial o de clases, en favor de un poderoso surgimiento de un sentimiento nacionalista.

Resumiendo con las palabras de Lord Bryce: "La religión ha sido en el pasado tan poderosa como fuerza de unión, como lo fue el antagonismo racial. En el caso de españoles y portugueses la religión, tan pronto como los indios habían sido bautizados, hacia las diferencias raciales insignificantes. El Islam ha hecho esto siempre tanto en

Oriente como en el Africa" (22). La religión pues, es factor importantísimo en la colonización española y tiende a mitigar el antagonismo económico que surge del sistema de plantación. La iglesia y el Estado promovieron políticas de asimilación pacífica en ocasiones y forzosa en otras. Los mestizos fueron catalogados como aliados casi blancos y con ello se privó a las poblaciones de color de líderes potenciales. Pero los antagonismos raciales brillando al través de los patrones sociales y culturales de las relaciones entre los diversos grupos de población no han sido enteramente excluidos, como lo demuestra la historia de las repúblicas de América Central y su muy reciente actitud hacia la inmigración de negros jamaquinos.

III

La colonización inglesa debe ser entendida por vía de contraste. El inglés era diferente (23). Jamás inglés alguno adquirió una colonia en honor de Cristo Rey, de la Nación o de alguna otra semejante abstracción. Los ingleses constructores del Imperio lucharon por hacer que sus adquisiciones pagaran dividendos. Una de las más viejas colonias, la plantación de Virginia, y después de ella muchas otras colonias más, fueron organizadas como compañías comerciales cuyos accionistas esperaban un ventajoso retorno de sus inversiones (24). El comercialismo, sin embargo, y todos los antagonismos que surgen del sistema de plantación, fueron reforzados y soportados por el racismo. Ambos tienen su raíz común en el sentido práctico de cooperación y compromiso que están imbuidos en las instituciones británicas tales como los juegos competitivos cooperativos jugados en los famosos estadios de Inglaterra y las reglas de la rutina parlamentaria. La cooperación afortunada, sin embargo, requiere un grupo homogéneo con vigoroso espíritu de grupo, adaptado para el trabajo en conjunto y se cree que tal espíritu es difícil de hallar fuera de las islas Británicas, y entre la población no descendiente de británicos. El fracaso de los regímenes parlamentarios casi dondequiera, fuera del mundo de habla inglesa en lo general y de la Gran Bretaña en lo particular, presta fuerte apoyo a este análisis. El autoritarismo español por otra parte, no estando basado en el principio de nacionalidad y consentimiento del gobernado, puede mantener unidas mejor a poblaciones heterogéneas.

Como resultado de todo esto, la política británica ha rehusado, desde el principio, seguir los pasos del asimilacionismo español y ha

desarrollado no tanto una teoría como una práctica de su entera propiedad. Donde los españoles nombraban Jefes Indios como "alcaldes" y los hacían parte de su sistema administrativo, representantes ingleses coronaban reyes y arrojaban a sus súbditos dentro de reservaciones para aminorar las fricciones con los pobladores blancos. El matrimonio interracial con indios, y más tarde con negros, fue mal visto desde época temprana en Virginia, y mujeres blancas fueron importadas de Inglaterra (25). Esta actitud no puede simplemente ser rotulada "prejuicio". Precedió al prejuicio, tanto que puede ser llamada un artículo de fe. En un sermón predicado en Sotuhwarke e impreso en Londres en 1609 "en presencia de muchos honorables y religiosos aventureros y plantadores a punto de emigrar a Virginia" se hace referencia a Abraham, a quien el Señor había prometido hacer de su tribu una gran nación en la cual todas las generaciones de la tierra serían bendecidas. El predicador, continuaba:

Así, la mayor parte de la posteridad de Abraham se conservó. No casaron, ni ofrecieron a sus mujeres en matrimonio a los infieles, que eran incircuncisos. Y esto es tan plena verdad que de esta fundación emana la ley del matrimonio entre nosotros. El quebrantamiento de esta regla puede romper el espinaso del buen éxito de este viaje, mientras que si guardan el temor de Dios los plantadores, en corto tiempo, por la bendición del Señor, pueden crecer en una nación temida de todos los enemigos de Cristo..."(26).

Si este documento muestra el racismo inglés en la metrópoli, precediendo a contactos raciales efectivos, otro, un poco más de cien años posterior, revela la misma fuerza en plena operación en las Indias Occidentales. Este último es el sermón de aniversario pronunciado por la Sociedad para la propagación del Evangelio en 1711.

La Sociedad se volvió en 1710 propietaria de la plantación en Barbados, en la cual, bajo los términos del contrato, a lo menos trescientos negros serían continuamente empleados. Habiendo, así, unido el rango de propietaria de esclavos, estableció desde luego, por la boca del Obispo Fleetwood, su actitud frente a los esclavos negros, que fue pasiva en cuanto se refiere a la condición de esclavitud, pero activa en su determinación de "que si todos los esclavos de América en cada isla de estos mares fueran a continuar infieles para siempre, el hecho no importa, pues sólo nosotros tenemos necesidad de ser cristianos". El Obispo no admitió la automática manumisión de los bautizados, no porque los negros fueran inferiores, puesto que "eran igualmente trabajadores del Señor, dotados de las mismas facultades y

poderes intelectuales, cuerpos con la misma carne y sangre, y almas ciertamente inmortales” sino porque la Cristiandad no concede ventajas o privilegios que la distinguan de otras sectas o partidos, y por lo tanto “cualesquiera libertades que las leyes nos concedan, lo hacen considerándonos como ingleses y no como cristianos”(27).

Así, las actitudes inglesas racistas y su política de abstencionismo conquistaron el continente norteamericano para el hombre blanco y para las instituciones británicas; pero también, por haber rehusado aceptar los productos de mezclas de sangre dentro de la sociedad blanca, han proveído a las poblaciones de color de un educado y ambicioso liderismo que ha producido, en los Estados Unidos, una suma de conciencia negra y de conquistas negras que no tienen paralelo en otras partes del mundo. Ello ha hecho de las Indias Occidentales Británicas, de centuria en centuria y de década en década, más y más negra, mientras las islas españolas, al mismo tiempo, al través de prácticas asimilacionistas se han vuelto más y más blancas (28).

Las actitudes racistas y las políticas abstencionistas han extendido las fisuras y resquebrajaduras que son inherentes a la economía de la plantación —irrespectivamente de si opera con esclavos cautivos o esclavos asalariados, o por esta vía, con pequeños arrendatarios (29). Un estudio de las políticas raciales de las grandes corporaciones azucareras y aún más de la United Fruit Company en Jamaica, Colombia y América Central debe ser altamente reveladora. La United Fruit Company ha introducido trabajadores de la India Oriental a Jamaica y trabajadores de Jamaica a Costa Rica, porque reconoció que el trabajador desarraigado es mucho más dependiente, dócil y asiduo en su labor, que el campesino libre quien puede retirarse a su pedazo de tierra si siente que es tratado injustamente (30). Tal estudio probablemente podrá señalar el camino a seguir en el futuro rompiendo el presente impasse en las relaciones raciales; camino que ha sido experimentado con éxito en las Indias Occidentales, si hemos de creer, al menos, la importante y negrófila autoridad de Lord Olivier. Lord Olivier cuenta como los jamaquinos refutando las mil y una objeciones de parte de las autoridades británicas, quienes no pueden librarse de las cargas impuestas a su propio pensamiento por el feudalismo social y la historia económica de Gran Bretaña, han tenido éxito en establecer sobre la isla una sociedad campesina cuyos miembros prestan sólo trabajo intermitente en las plantaciones que sobreviven (31), mientras que en las otras colonias de las Indias Occidentales “el monopolio estatal de la tierra ha permanecido inquebrantable en forma que

los trabajadores tienen que comprar sus alimentos, con salarios que sólo pueden ganar de sus patrones”. Económicamente, en consecuencia, la población negra está mucho peor en estas islas que en Jamaica, y al mismo tiempo, el prejuicio del color persiste considerablemente fuerte” (32)

¿Cómo puede ser de otra manera? ¿Cómo pueden los trabajadores esclavos dependientes exigir respeto de sus amos o inspirar respeto a sí mismos? Por otra parte, la interrogación queda planteada: ¿Cómo tomar en cuenta la tendencia históricamente definida de los pueblos del stock anglo-celta, hacia la exclusividad racial y al mismo tiempo superar la discriminación racial? El ejemplo de Jamaica, donde el atenuado —no abolido— prejuicio de color y la relativa independencia de los trabajadores agrícolas al través de la posesión personal de la tierra para la obtención de víveres, guardan estrecha conexión, parece señalar hacia un inminente contraveneno de las fricciones que involucra el racialismo; contraveneno típicamente inglés, lo cual quiere decir abstencionista y al mismo tiempo económicamente orientado, a saber: la extracción, que será solamente extracción parcial, de la economía de plantación. En este sentido el ejemplo jamaiquino está hoy siendo aplicado en la política de distribución de tierras por la “Autoridad de Tierras” en Puerto Rico (33). Bajo qué condiciones y en qué extensión, sin embargo, el intento de abandono de la economía de plantación, monocultora y propietario-ausentista, podrá ser utilizada más ampliamente en la región del Caribe, será materia de otro estudio.

*

Leído en el 22avo. meeting de la Society for Social Research, Chicago.
Mis cumplidas gracias al Sr. G. Aguirre Beltrán por la traducción al español.

REFERENCIAS

(1) La región del Caribe puede ser llamada el "espacio vital" del negro en América, de acuerdo con Friedrich Ratzel y la fórmula de su ensayo "Der Lebensraum" en Festgaben fuer Albert Schaeffle (Tuebingen, 1901) pp. 104-189. Sin embargo los ejemplos de Ratzel son tomados casi enteramente de la ecología vegetal y animal y la detallada aplicación y correlación con el fenómeno de la ecología humana están aún por hacerse.

(2) A. Greenfell Price *White Settlers in the Tropics*, American Geographical Society, Special Publication Nº 20. New York, 1939; Charles David Kepner, *Social Aspects of the Banana Industry*, Diss. Columbia University (New York, 1936); Leo Waibel, "White Settlement in Costa Rica" *The Geographical Review*, XXIX (1939), 529-560; Robert Cushman Murphy, "Racial Succession in the Colombian Chaco", *The Geographical Review*, XXIX (1939), 461-47.

(3) El negro americano se ha vuelto indígena de las áreas algodoneras del oeste de Tennessee, no así de las áreas montañosas del este de Tennessee. Tampoco se ha vuelto indígena de los estados septentrionales de la Unión Americana, a pesar de la inmigración en gran escala que tomó lugar a principios de la presente centuria; él forma ahí una minoría inmigrante que no está arraigada al suelo y no se reproduce a sí misma, excepto por continuada inmigración. Ver Rupert B. Vance, *Human Factors in Cotton Culture*, (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1929), pp. 7, 30, 32, 36, 41 y referencias ahí mencionadas.

(4) Alejandro von Humboldt habla ya del "Mediterráneo Americano" como de una región donde "un concierto entre hombres del mismo color ha quedado establecido, aunque separados por diferencias de idiomas y habitando costas opuestas": Alexander de Humboldt and Aoine Bonpland, *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent, during the Years 1799-1804* (traducción al inglés de Helen M. Williams), London, 1818.

(5) Donald Pierson, *Negroes in Brasil* (University of Chicago Press, 1942). El libro de Pierson representa un tipo de literatura sobre Latino América que es tanto más reveladora cuanto más se lee entre líneas. Revela que la principal y práctica diferencia en las actitudes raciales entre Anglo América y Latino América reside en la posición del Mulato más que en la del Negro. En los países predominantemente indios, "Mulato" debe ser substituído por "Mestizo".

(6) *Religion and Nationality* (The American Journal of Sociology, Vol. XLIX, Nº 6, May 1944, pp. 524-529).

(7) Roger Bigelow Merriman, *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*. Vols. II, III, IV (New York, 1925); Rafael Altamira, *A History of Spanish Civilization*, traducción al inglés de P. Volkov. (London, 1930); Salvador de Madariaga, *Englismen, Frenchmen, Spaniards. An Essay in Comparative Psychology* (London, 1927); J. Fred Rippy, *Crusaders of the Jungle*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1936).

(8) Merriman, ob. cit. Vol. IV, p. 100.

(9) H. C. Lea, *The Moriscos of Spain* (Philadelphia, 1901); Cecil Roth, *A History of the Marranos* (Philadelphia, 1941).

(10) H. A. Wyndham, *The Atlantic and Slavery*. Publicación bajo los auspicios del Real Instituto de Relaciones Internacionales (London, 1935) pp. 242-249. Charles Edward Chapman, *Colonial Hispanic America: A History* (New York, 1930) p. 128. Para la importación de esclavos en Portugal ver la literatura transcrita en Robert R. Kuczynski, *Population Movements* (Oxford, 1936), pp. 13-14.

(11) Chapman, *op. cit.*, pp. 32-33.

(12) Dana G. Munro, *The Five Republics of Central America* (New York, 1918) pp. 191-192.

(13) Merriman, *op. cit.* Vol. III, p. 582, y las referencias ahí mencionadas, especialmente Aguado, Restrepo Tirado y Moses.

(14) Chapman, *op. cit.*, p. 72.

(15) Merriman, *op. cit.* Vol. III, p. 679.

(16) Col. J. P. Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia* (London, 1827), p. 103.

(17) Nueva Granada es representativa aquí de Latino América en su totalidad. Por ejemplo, el Prof. Luis Leal de la Universidad de Chicago me informa que la dramatización que representa la lucha entre españoles y moros es ejecutada año tras años en todo México y que, en muchos lugares, ha cesado de ser un acto puramente religioso para convertirse en una festividad popular. El autor del presente artículo, sin embargo, no encuentra alusión alguna a lo anterior en la literatura con excepción de Hamilton.

(18) Esta afirmación necesita una recalificación. La Iglesia, representada por el Papado y monjes tales como Las Cacas fue opuesta con mucho a los grupos influyentes de la Iglesia Colonial que se alinearon con los intereses de explotación de los colonos. Tomó más de tres centurias la superación de esta oposición. En el presente ensayo nosotros no tomamos en consideración los patrones de explotación colonial porque son similares bajo la dirección de Latino Americanos o Anglo Sajones, concentrando nuestra atención sólo en las diferencias culturales.

(19) Bernhard Moses, *The Spanish Dependencies in South America*, I (London, 1914), 396 ff.; Chapman, *op. cit.* pp. 117-119; 239. G. Mollien, *Travels in the Republic of Colombia*, traducción del francés (London, 1824) pp. 340, 353, 354.

(20) Chapman, *op. cit.* p. 110: "Pronto fueron levantadas barreras prohibitivas contra la entrada de extranjeros cualesquiera que fuera su nacionalidad, y los pocos que fueron admitidos estuvieron siempre en peligro de ser denunciados como heréticos o brujos". Ver también J. Steuart, Bogotá in 1836-37 (New York, 1838) pp. 177-181.

(21) James Bryce, *South America; Observations and Impressions* (New York, 1912), p. 482.

(22) J. Fred Rippy, *The Capitalists and Colombia* (New York, 1930). pp. 179-193; Charles David Kepner, *op. cit.* pp. 192-195.

(23) Salvador de Madariaga, op. cit. esp. pp. 17-24, 176-178. Madariaga presenta la más iluminadora psicología social de la civilización inglesa, aunque en cierto modo un tanto dogmáticamente concebida.

(24) Ewatts Boutell Greene, *The Foundation of American Nationality* (New York, 1922), pp. 45-65. Rupert B. Vance, op. cit. p. 36. H. A. Wyndham, op. cit. pp. 164-179.

(25) H. A. Wyndham, op. cit. p. 294.

(26) *Virginea Britannica. A Sermon preached at White Chappel by William Symonds, Preacher at Saint Saviours in Southwarke. London 1609.* En: Alexander Brown (ed.) *The Genesis of the United States, I* (New York, 1897), pp. 282. El editor anota que "Este sermón... fue probablemente el primer sermón publicado para el adelanto de la empresa americana".

(27) H. A. Wyndham, op. cit. pp. 235-236.

(28) El negro y la población de mezcla (según la clasificación estadística) en Cuba y en Puerto Rico declinaron respectivamente de 58.5 en Cuba (1841) y 52 por ciento en Puerto Rico (1802) a 27 por ciento y 24 por ciento en la última estimación de la población; mientras que Jamaica y Barbados tenían poblaciones de color, entre el 80 y el 90 por ciento, ya en el siglo XVIII; en la última estimación de la población, la población blanca ha declinado 2 por ciento y 7 por ciento respectivamente. De acuerdo con las actitudes raciales prevalentes los productos de matrimonios mixtos (y de concubinatos) han aumentado la población de color en las posesiones británicas, mientras que los mismos productos han sido añadidos al elemento blanco de la población en las antiguas colonias españolas. La inmigración blanca, o su ausencia, es el otro factor en este fenómeno.

(29) Rupert B. Vance, op. cit. pp. 7, 63-69, 79.

(30) Lord Oliver, Jamaica. *The Blessed Island* (London 1931), pp. 300-302. Ver además: H. M. Macmillan, *Warning from the West Indies*. (London, 1935), pp. 160-203; y Amy Oahley, *Behold the West Indies* (New York, 1941), p. 420.

(31) Lord Olivier, p. cit. pp. 313-14; 317.

(32) Lord Olivier, p. cit. pp. 431-436.

(33) Richard Pattee, *The Puerto Ricans* (*Annals of the American Academy of Political and Social*, Sept. 1942) pp. 49-54. S. Burton Heath, *Our American Slum, Puerto Rico* (Harper's, June, 1943).